

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

II. «FAUSTO» Y LA DEMONOLOGÍA MEDIEVAL

Un personaje legendario.—La leyenda del doctor Fausto que inspirara a Goethe en su más grande creación poemática, tiene muy antiguo origen en el Folklore europeo, y como todos los símbolos en que se establece una lucha entre el Bien y el Mal—milenaria antítesis de la moral colectiva—enraza, también, con la mayoría de los dramas cosmológicos en que las grandes religiones resuelven en una confrontación de poderes, casi siempre de contornos épicos, la influencia de estos dos dinamismos rectores de la vida espiritual de la Humanidad.

Para mejor entendimiento de lo que diré en esta lectura, voy a intentar, antes que nada, una síntesis de las leyendas relativas a Fausto que ha debido utilizar Goethe cuando ya estuvo seriamente decidido a emprender la lucubración de su drama.

Las referencias más continuas sitúan el nacimiento de Fausto en Rod, cerca de Weimar, y lo suponen hijo de un agricultor de ese su pueblo natal. De joven

habría estudiado teología en Wittenberg, y fué allí hojeando los textos en que los doctores de la Iglesia resumen las lucubraciones metafísicas con que pretenden acercarse a la comprensión de Dios, que el estudiante ambicioso sintió arder en su espíritu el deseo de saberlo todo...

Pero si el entendimiento de las cosas tiene su límite, con mayor motivo lo Incognoscible hase rodeado de secretos infranqueables que son otros tantos obstáculos aún para los más santos doctores de la Iglesia; y ante esas vallas que no lo dejan avanzar en su búsqueda, Fausto no titubea en jugar una carta tremenda, última que le queda: la de hurgar en los predicamentos nigrománticos lo que la Teología le niega...

El admirador de San Agustín, el lector de Santo Tomás, deja entonces la *Soliloquia* y la *Summa contra Gentiles* y se engolfa ahora en el *Sepher Jezirah* buscando las luces de la Kábala y las recetas de la alquimia.

El camino está abierto: el alquimista no tarda en convertirse en demonólotra. A semejanza del Obispo de Hipona, pero en sentido diabólico ha oído una voz que le ordena: *Tolle et lege*, toma y lee. Sin perder un minuto se apodera entonces de todos los libros de brujería que halla a su alcance y se contamina de ellos.

En el bosque de Mangeall cercano a Wittenberg, Fausto conjura al Diablo a que se le revele corporalmente. El hecho se produce, pero Satán molesto por los conocimientos ocultistas de Fausto, quiere intimidarlo y adopta figuras horribles mientras profiere las más escalofriantes amenazas.

Fausto lo mira impertérrito. Su sabiduría en los se-

cretos de la magia es muy grande y los poderes que ha logrado concentrar en sus fórmulas y sortilegios son de naturaleza tal que ni aún el propio Demonio puede burlarse de ellos. Se rebela Luzbel, chilla, grita enloquecido. ¡En vano! ¡en vano! Nada logra con sus protestas. Es contra sus propias palabras de encantamiento que desea triunfar, lo que no le es permitido. Fausto le hiere con armas forjadas en el mismo Infierno, y el Diablo no puede destruir la propia obra hecha a su imagen y semejanza, porque solamente el Bien es capaz de destruir los frutos del Mal, ya que éste, en sí mismo, por designio de Dios, es eterno en su calidad maldita... Termina, pues, el Demonio por someterse a la voluntad del Doctor y ofrecerle sus servicios:

«Cosidérame tu esclavo»—murmura.

Naturalmente, se trata de una comedia de Satán, porque si bien es cierto que ofrece a Fausto obedecerle como un perro, es sólo porque no ha podido hacer otra cosa. Además lo que él desea es comprometerlo para el «más allá», hipotecarle el espíritu, reducirlo al servicio constante y definitivo del mal, hasta la hora de su muerte. Fallecido Fausto, su alma será una conquista más del Infierno. ¿Qué importancia tendrá entonces el efímero patronaje que el doctor obtenga sobre él, Príncipe de las Tinieblas, por unos cuantos volanderos años? Sin embargo, sutil como es Fausto, adivina lo que el Demonio piensa para el futuro, y le ordena retirarse.

Pero el anzuelo diabólico mordido está. Fausto no logra, a pesar de su clarividencia, desviar la tentación que lo induce a servirse de Satán a manera de obsecuente lacayo. Tener a un diablo de sirviente, no es cosa para ser desdeñada con facilidad. ¿Qué no se puede conseguir en este mundo si el Demonio se torna el

oportuno realizador de nuestros caprichos y ambiciones?

Incontenido en sus ansias de dominio, cita nuevamente a Satanás al reducto de su círculo mágico dibujado en la tierra de la foresta cercana a Wittenberg, a la media noche de un sábado lunar...

Esta vez el Infierno se hace presente en la figura de Mefistófeles.

Mefistófeles es un espíritu de creación culta, que apenas aparece en uno que otro libro de demonología. Su parentesco con los demonios del folklore hebreo es muy relativo. *Lucifer*, por ejemplo, es un espíritu hermoso, un lucero (de ahí su nombre), desprendido en la noche de los siglos del cielo de Jehová. Su comienzo es una estrella. *¿Cuomodo cecidisti, Lucifer?*, se preguntan los poetas de la era apocalíptica. «¿Cómo caíste, astro luminoso?» Por lo contrario, Mefistófeles es un ente obscuro, no ama el esplendor de las antorchas que porta el gesto de las grandes rebeliones. Su nombre es un metaplasmo de la figura de dicción griega *me to phos philes*, «no—de la luz—amante»; es decir, «el que no ama la luz» el que odia las luminarias del espíritu.

Fausto era un estudioso profundo, un sabio descarrado, *pero un sabio*. Basta; es lo que Mefistófeles necesita para perderlo. En los tiempos medievales la sabiduría camina siempre al borde de los hirvientes abismos hacia los cuales los espíritus tentadores gustan arrastrar el orgullo de la ciencia terrena, llevada de herética inquietud tras el «porqué» de los fenómenos naturales, rastreando en los matraces y en el haz de las constelaciones, el Misterio, la raíz de las causas primeras...

Cuando Mefistófeles se presenta por segunda vez, Fausto, de antemano, ya es un hombre perdido.

«Necesito tu poder»—le dice al demonio.

Este cede al instante, pero indica sus condiciones.

¿Cuáles?

En un pergamino, escrito de puño y letra del poseso, quedan convenidas. En la versión aclaratoria que Widman hizo de esta leyenda se transcribe el texto, que el autor asegura haber encontrado entre los papeles de Fausto después de la muerte del mago.

Dice el pacto:

«Yo, Juan Fausto, doctor, por este escrito de mi propia mano, declaro: que después de haberme dedicado a especular los elementos, y después de los dones que me han sido concedidos por el cielo, los que no hallaron asiento en mi razón, sin que yo haya enseñado a los hombres lo contrario, desde ahora para siempre jamás, me doy a un espíritu que se llama Mefistófeles, criado del príncipe infernal de Oriente, con las condiciones pactadas entre él y yo, de que él me enseñará mi predestinación, que estará sujeto en todo a mi voluntad, y que existiré veinticuatro años contados desde esta fecha, durante los cuales, viviendo como él me enseñará en su arte, su ciencia y sus invenciones, me conservará, gobernará, dirigirá y hará toda especie de beneficio, con todo lo necesario a mi alma, a mi carne, sangre y a mi salud. Por lo tanto renuncio a todo lo que tengo del Señor del cielo y de los hombres, entregándome enteramente a él. Para mayor certeza y confirmación, escribo la obligación presente con mi propia mano, y la firmo con mi propia sangre que me he sacado expresamente para esto, por

mi gusto, con mis sentidos, y mi pensamiento y mi juicio, habiéndolo acordado, resuelto y sellado»...

De este contrato, para mayor seguridad de Mefistófeles, Fausto le da una copia. Al caer la sangre con que el doctor escribiera y que mana de la herida que él mismo se hace con un cortaplumas en el brazo izquierdo, en la tierra del círculo en que se encuentran se forma esta frase: *Homo fuge*, «Hombre, vuela».

Desde entonces Mefistófeles se transforma en un obsequioso sirviente del doctor. Riquísimos trajes, reuniones deslumbradoras, viandas exquisitas, todo, todo a cuanto la lujuria de los sentidos puede aspirar, lo obtiene Fausto con sólo abrir la boca.

Pero nunca el hombre logra estar satisfecho de nada, menos cuando ha vendido su alma al diablo. Y Fausto tiene ahora un nuevo capricho: desea casarse...

—¿Qué?

¡Jamás pensara Mefistófeles que por ahí saldrían sus andanzas! Porque así las cosas, el asunto se complica mucho. El matrimonio religioso—único que existía en aquel entonces—es un *sacramento*, y el Infierno no tiene ningún poder sobre las cosas divinas...

«—Debes alejar la idea del matrimonio—aconséjale su demoníaco amigo.

El Doctor insiste tenaz:

«—Hay un documento que respetar, ¡un pacto escrito con sangre!» Mefistófeles, a semejanza de lo que en el primer conjuro de Fausto le hiciera el Príncipe de los Infiernos, toma el más terrorífico aspecto a que puede llegar una figura del Averno; y esta vez, a diferencia del fracaso de su Príncipe, hace alguna mella en el espíritu del doctor. En el acto, pues, se aprovecha

de esa debilidad... y, por medio de un espejismo, despliega ante los ojos de Fausto un desfile de bellísimas mujeres, plenas de euforia pasional y carnales atractivos, mientras cruzan el aire músicas deliciosas que prenden sus notas en las formas gráciles y desnudas de tales Evas tentadoras las cuales danzan con languideces armoniosas de ofrenda...

«La mujer es fuego—dice el proverbio—el hombre, estopa; viene el Diablo y sopla...»

Es lo que ocurre a Fausto; caído en la tentación, sus sentidos abrasados por el vicio conviértense en un incendio que cruza de rojizos resplandores la desolada noche de su espíritu.

A veces Fausto, para desviar el hastío que ya le hien- de el colmillo duro, conversa con su demonio. A seme- janza de las veladas en la biblioteca, que álzase cer- cana a las retortas y hornillos de su laboratorio, ha- bla de problemas escatológicos y de las reservas de optimismo que la filosofía cristiana pone en el corazón de los hombres. Mefistófeles entonces tórnase razo- nable, o más bien dicho, filósofo. Mira a Fausto con simpatía de viejo profesor universitario, y no sin secre- ta nostalgia le advierte: «Yo soy un demonio y actúo, claro está, de acuerdo con mi naturaleza infernal. Pero si fuera un hombre, creo que antes de humillarme al Diablo me humillaría ante Dios».

Mientras tanto ¿qué ha conseguido Fausto con la entrega de su alma? La gula le harta y embota los sentidos; los jolgorios le aburren; el oropel y el boato de su perenne carnaval colman su fastidio. Sólo le atraen todavía las mujeres; pero ellas, a su vez, llenan de hastío la copa de su vida cuando la satisfacción del capricho le calma los ardores del celo... *Anima tris-*

tis est post coitum. Implacable era la verdad de aquella sentencia.

Vuelve entonces con ímpetu renovado al estudio de la Naturaleza. Pero aquí el propio Diablo se muestra impotente para ayudarlo en tal afán. ¿Qué cosa es la Naturaleza? ¿Qué, el origen de la Vida? «Yo mismo no sé por qué existo»—le contesta Mefistófeles.

Porque al fin de cuentas toda la ciencia diabólica se reduce a la postre en un verdadero juego de niños: aparecer y desaparecer como en las artes de prestidigitación, a los ojos de un público de babiecas; cambiar el agua en vino o trocar en hojas secas puñados de monedas imaginarias... ¡Los gitanos y vagabundos del Medio Evo ofrecían a diario la realización de cosas semejantes sin haber vendido su alma al Diablo!

«—Muéstrame por lo menos el Infierno» — exige Fausto.

Para satisfacerlo, Mefistófeles lo presenta, por necesario protocolo, a un grupo de espíritus infernales selectos de su horrible corte. Había que preparar el receloso ánimo de una verdadera multitud de Malignos antes de su visita. Y aquí conviene no olvidar que, según Juan Wier, en su libro *De praestigiis*, publicado en Basilea en 1568, en el reino diabólico existen setenta y dos príncipes y 7.405,925 diablos, divididos en 1,111 legiones con 6,666 oficiales ayudantes. Salvo error u omisión del estadístico...

Acompañado de alguno de estos oficiales, Fausto visita el Infierno. En peores condiciones, por cierto, el enamorado de Beatriz tuvo la privilegiada oportunidad de encontrar en el mundo subterráneo al dulce Virgilio, que le sirvió de guía. Luego de su visita al antro infernal, donde ve el espectáculo (parecido al que deben dar las paredes internas de un volcán) de

un mar de ígneas serpientes alzándose en flamígeras epilepsias, y casi ensordecido con los gritos de angustia de los condenados cuyas carnes chirrían, sin consumirse nunca, en esa monstruosa hoguera, Fausto emprende un vuelo brujo sobre el Asia y, en seguida, a las estrellas desde donde observa, con invencible ironía, la deleznable, la microscópica pequeñez de la Tierra...

De vuelta, cabalgando en Mefistófeles que toma la forma de un caballo alado, visita los diversos países del planeta. Sobre la India contempla, a la distancia, las maravillas del Paraíso Terrenal. En Turquía, se introduce en el harem del Sultán y adoptando las apariencias de Mahoma logra, por este medio, abusar de la buena fe de las odaliscas de aquel serrallo, las cuales, poseídas muchas por el éxtasis, creen que es el Profeta en persona el que se digna fijarse en sus jóvenes languideces dándoles el privilegio de poseerlas. Milagro supremo, como es fácil comprender, pues el Profeta por el carácter celestial de su cuerpo glorioso antes de materializarse para servir íncubo en la Tierra, debe conceder tales dones al corro de huríes que alegran su eternidad junto al murmullo de los ríos de leche y miel que cruzan los campos Elíseos en las frondas del Edén...

Así continúa esta «*tournée*» de gran duque... Cuando llega a Roma, hácese invisible para incorporarse en el comedor del Papa; se sienta a la mesa y no sólo desaparecen viandas y bocados exquisitos sino que éstos, a su vez, quedan reemplazados por inmundicias. Incluso, arrebatada de manos del Padre Santo la copa de vino generoso con que éste ya mojaba sus labios. Creyéndose acosado por un fantasma, el Pontífice lo exorciza de acuerdo con las palabras del rito, pero Fausto se ríe de él en sus propias barbas.

Estas capacidades de mago, pronto le tornan célebre, y es por tal motivo que el Emperador Carlos V le invita a su Corte. En presencia de «el rayo de la guerra» hace aparecer, obediente en dejar su reposo de las regiones del Hades bajo el conjuro del Doctor, al fantasma de Alejandro el Grande, la bellísima Elena y otras connotadas figuras de la antigüedad clásica.

Pero aun los magos corren grave peligro con los espíritus que invocan; y es así como Fausto se prenda locamente de la figura de Elena. La hermosa griega hija de Leda y el Cisne, la esposa de Menelao, la fatal belleza que enajenó de adúltero fuego el corazón de Paris, hijo de Príamo, desencadenando, por su rapto, la guerra de Troya, también se enamora esta vez del Doctor Fausto y huye con él. De este amor híbrido de un fantasma y un hombre de carne y hueso, nace un precioso niño que tiene la virtud sobrenatural de revelar el futuro. . .

Mas, cuando se acerca el veinticuatro año del plazo señalado por el pacto entre Mefistófeles y Fausto, el Doctor comienza a sumirse en profunda melancolía. Naturalmente, el demonio no puede sino reírse de este tardío arrepentimiento. Y a la medianoche del último día, algunos estudiantes que le acompañaron en la que había de ser su postrera francachela, sienten un espantoso ruido en la sala del mago, de donde acababan de retirarse; pero no se atreven a volver a ella. A la mañana siguiente, cuando la luz del sol los envalentona para inquirir el motivo de aquel ruido diabólico, constatan que todo allí, principiando por el cuerpo de Fausto, está destruído por los efectos de una explosión. Elena y su hijo se han hecho humo. El único que resta con vida es Wagner, el sirviente del Doctor, que hereda su biblioteca de artes mágicas.

(continuará)